

LA MANO DEL POETA QUE SE SUICIDÓ TRES VECES

A pesar de que esta crónica se desarrolla en un sólo día, la idea de encontrar la mano del poeta venía rondando mi cabeza desde meses atrás.

Era el viernes 10 de julio de 2015, y las siete de la mañana decidí poner punto final a la imagen que me venía atormentando: ¿Estaba la copia de la huella, de la mano del poeta, en la Biblioteca Nacional? Me alisté prontamente y salí del hotel por esas calles empedradas de la Candelaria. Tomando la Séptima, me encaminé hasta la altura de la calle 24. En medio de la avenida, con el corazón en la mano y en la otra una agenda, me sentía como Sherlock Holmes a punto de resolver un caso difícil.

En mi niñez había oído hablar algo de aquel poeta. En alguna ocasión leyeron uno de sus versos, en un acto cultural por el día del idioma, y a diferencia de mis compañeros de colegio, para mí esas palabras no se las llevó el viento, sino que cayeron como hojas secas sobre el agua tranquila de mi alma, y ahí causaron ondas que se expandieron, inflando mi ser con ese sentimiento que siempre me embriaga cuando paso los ojos sin apuros, por algunas de esas letras que se visten de versos.

No sólo en el bachillerato supe de él, sino en Medellín, la capital de Antioquia, la tierra del poeta. En la biblioteca F Gómez de la Universidad Nacional, pasaba horas y horas leyendo sus malditos poemas, pensando en cómo sería el tono de su voz, comparándolo en estatura con algún hombre flaco y renegrado que veía pasar. Y es que al igual que él, yo también estaba solo en esa ciudad. No sé si les ha ocurrido a ustedes, pero el sentimiento de estar rodeado de gente, de

cosas, de todo; y a la vez sentirse vacío y sin nadie, es lo peor que a uno le puede suceder. Y yo me encontraba así. Entonces, hicimos un pacto. Decidí pasar las noches bajo ese cielo antioqueño acompañado de algunos viejos amigos, yo los leería, y ellos me harían compañía. Entre Ovidio, Sábines y Neruda; estaba el poeta, siempre sentado al filo de mi cama, fumando y hablando de la vida que pasa.

Faltaban diez minutos para que abrieran la puerta de la Biblioteca Nacional, abrí la agenda y con letras mayúsculas puse: ENCONTRAR LA MANO DEL POETA, CUESTE LO QUE CUESTE. Leí la sentencia que me imponía en voz alta y cerrando los ojos, como para traer un hálito de su imagen, cerré el cuaderno. Al ingresar, luego de la respectiva inscripción, solicité ingreso para revisar algunos archivos. Me informaron que para hacer esa diligencia, debía tener un carnet como afiliado, para lo que me pidieron fuera a la sala que usted encontrará a mano derecha, por si decide ir algún día a cazar los fantasmas que habitan entre los libros. En el interior de la oficina, había alrededor de unas doce personas, y todas haciendo la misma petición. Impaciente como soy, yo que quise venir al mundo mucho antes de los nueve meses, tomé asiento y pretendí relajarme. A cada uno le pedían llenar un formulario, verificaban la información haciendo llamadas a las referencias, tomaban fotografía a medio cuerpo, imprimían el carnet, lo firmaban para autorizarlo y lo activaban. Multipliquen ese tiempo por doce personas. ¡No saldría en toda la mañana de esa habitación! Pensé en pararme y pedirles que me den prioridad, lo mío era un caso excepcional, era un asunto de vida o muerte. No podía pasar una noche más, sin dormir, pensando en que la mano del poeta estaba en esa biblioteca. Además, yo no iba por ninguna

consulta académica, ni por terminar un trabajo para ganarme una nota en la universidad. Estaba ahí por la simple convicción de que esa mano me pertenecía. ¿Quién más sino yo, que había caminado por calles y potreros declamando sus versos, bebiendo con la luna pálida y hablando de él, tenía el derecho irrefutable de poseerla?

¿Qué cómo supe que la mano estaba en ese lugar? Leyendo una bibliografía que escribió Fernando Vallejo. Ahí me enteré que en un ejemplar de El Espectador, de octubre de 1927, acompañando una crónica sobre la aparición del duende en uno de los barrios de Bogotá, el poeta había conmocionado a toda la ciudad, haciéndoles creer que el espectro aquel había dejado una carta y junto a ella la huella de su mano. Si los datos eran verdaderos, en ese mismo lugar donde me encontraba, escondida en alguna parte, estaría la palma del poeta caminante que se fue dejando tras su paso una estela de versos.

A las once de la mañana por fin pude ser atendido. Luego del proceso que les he detallado, me entregaron el afamado carnet, donde salgo con mi cara de desesperado. Me permitieron ingresar a la hemeroteca, y en atención al usuario una señorita se ofreció en ayudarme en mi investigación.

-¿Qué busca?

-La mano del poeta.

-¿Cuál poeta?

-Discúlpeme. Le dije. Busco un ejemplar de El Espectador de octubre de 1927, el número 5721.

Sonriendo me pidió esperara un momento, mientras ella iba a buscarlo. Yo creía que al momento de decirle que iba en búsqueda de la mano del poeta, ella

Ha aparecido en la calle 27 un

(Continuación de la 1.ª página)

NADA MENOS QUE UN VERDADERO DUENDE

Se trata nada menos que de un duende auténtico. Un duende que cuando se levanta en otros momentos, se levanta para sentir la plaza de San Juan. Un duende que se ha manifestado de una manera hasta de 14 años, palido, de poca y la ausencia de facciones definidas, de unos ojos grises, negros e iris azules. Zola Castro, y este es el nombre de nuestro herosico, vive en un apartamento en una gran casa, en la calle de San Juan, y que está situada en el extremo de un corredor amplio y largo que da a la plaza de San Juan.

El duende de la semana pasada, mientras el resto de la familia estaba ausente, ella se quedó en su habitación y se sorprendió. El primer susto fue un grito de terror y al poco rato llegó al comedor la hija con el rostro descolorido, el pelo despeinado y con los brazos cruzados. Al preguntarle uno de los señores que le pedía, ella, con grandes esfuerzos le dijo que estaba persona, a la que no había podido ver estaba arrojando piedras contra unas letras que están prendidas a la pared y que caen sobre el suelo de una gran sala. Después de esto, los dos acudieron al lugar del suceso y vieron que, en realidad, eran las piedras después de haber golpeado despiadadamente las letras, pero no poder precisar el lugar de donde eran arrojadas. Poco a poco des- aparecieron las piedras, pero se dio cuenta que el duende había de- jar por fatalidad sus piedras.

ESTAS PIEDRAS Y PIEDRA PALABRAS AMOROSAS

El duende, tras a la misma hora del día anterior, Zola sintió que alguien le decía al oído palabras amorosas y volvió a que no tenía ningún recuerdo. Poco después volvió el ruido de las piedras que chocaban contra la pared que da a la plaza. El terror y la angustia interseccion sus pasos, sintió que una fuerza invisible la atraía por los brazos, quería correr, pero en vano, pero cuando se dio cuenta que estaba en la plaza. Con gran dificultad llegó a su puerta en su habitación, y pudo ver que las piedras eran lanzadas desde una ventana, situada a pocos pasos de la plaza, pero no vio persona alguna.

Desde ese momento la familia Zola se ha visto afectada fuertemente por el personaje invisible que a donde quiera que ella vaya, se la persigue. El sábado pasado se encaminó en compañía de su madre a la iglesia de San Diego, con el objeto de pedir consejo al cura de esa iglesia para decir de un modo ritual y litúrgico al misterioso personaje. Entraron en la iglesia y no había comenzado la joven su primera palabra, dichas en voz alta, pero ya un poco más clara, al mismo tiempo que una fuerza descomunal la levantaba del suelo. Des- apareció, entonces, ir a la casa en- tera y luego, al porche, donde la

medio infalible para alejar a los espíritus, porque despierta en ella el recuerdo de una música lejani- tal vez de la música folclórica de las esteras celestes; reparó que los despegó a una altura de sobre los techos y volaron, volaron dando vueltas y vueltas. Entretenida ella, con un movimiento, en forma de tipo, cuando de repente vio que delante de la puerta estaba un muñeco se- ñalado de blanco, con puntitos ro- jos, arriba de los rostros, las pier- das venidas por medio de seda lo- blando y cubriendo con capas de ho- llidos reflejados. Nada parecía que un coladero de la corte de Luis XV. Se encaminó hasta ella con pas- titos, indicándole una mano blan- ca y fina. Entonces la nota, luego de educarse, suplantándose, le di- rige la frase, se apresura: "De- jado de hacer de parte del diablo, que mecerse", fuertemente el pe- dregal, estruendo le castrado: "Quis- tiero, quisiera que me vieras". En- grito y al punto recibieron los ho- llidos de la casa, pero al llegar nada vieron, y pasó de que la ma- ñana, dejándose los ojos con unos ojos para no ver las pala- bras seductoras del encanto al- terados, le señalo que ahí esta- ba, que tenía unas, puntos finos y largos, que la había tocada por los brazos y que se la quería llevar.

Lo pudo marcharse, pero de- ja un poco indigesto, se le caen las miras y sigue diciendo ruidos, de las mismas palabras: "Quiero que me veas, que te veas". Los un- guentos de la casa inmediatamente fu- informado a los vecinos que la po- rra, pero cuando de la pers- onas descomunal del encanto, se- ñaló a vivir a una casa situada en el barrio de Las Flores, y que de- ba el duende que se le caen los ojos, sólo los ruidos y los apariciones. Pero la gente continúa atormentada por las insistentes insinuaciones de se seducir, quien lo ve sus miras por la muerte si se equivoca a sus de- siderios amorosos.

Al leer este relato me es im- posible cambiar la credulidad del pueblo. No puedo de ser un es- piritista ni más, para creerlo, y me he- ran sin cuidado las cosas de ultra- tumba. No hago otra cosa sino con- tar lo que pude ver y oír a lo largo el tiempo de mis lecturas, el cuan- tario que estas líneas les voy a dar. También hace ocasión de vez a la vez Castro, pero no puedo ha- cer otra palabra; se mira a de- jar una palabra; se encuentra los- el dominio de una afortunada casual- meriosa, lo que hace tener por la pérdida de su razón; siempre se le ve con el rostro entre las manos u- niendo los brazos en el aire, co- mo para apartar la visión de un fantasma. En el lugar en que se- ñaló reflejada los apuros se pue- den ver las piedras arrojadas por el espíritu y simpático duende. Procuraré tener a las lecturas de este diario al corriente de lo que sucede en las próximas visitas del Duende a la hija Castro.

Juan SÉN NIEBRO

Llevándome de la mano como si de un niño pequeño se tratara, me sentó frente a una máquina grande, con una pantalla de unas 17 pulgadas. Me explicó cómo sacar el rollo, cómo montarlo, y cómo al dar la vuelta a unas manivelas irían pasando en la pantalla ya encendida, las imágenes escaneadas de las planas del diario. Ese artefacto me era algo nuevo, a pesar de ser un aparato antediluviano, nunca antes lo había visto. Comencé por correr las primeras páginas, y los anuncios de tiendas de pianos, propagadas de la gaseosa Popular y de los cigarrillos Pierrot, sastres, ventas de telas y casas de empeño comenzaron a salir. Sonreí al comprobar que existió esa Atenas

sudamericana, y a la vez suspiré melancólico por lo que de ella nos queda. Se anunciaban recitales de ópera y teatro, venidos desde Berlín, cumpleaños de ilustres ciudadanos, pero ni una noticia de la mano del poeta.

Sin perder el control continué con la búsqueda. Y de página en página, de minuto en minuto, comenzó a irse la tarde. Vi que el rollo estaba a punto de terminarse y decidí comenzar de nuevo, no vaya a ser que en el afán de la

emoción se me hubiese saltado alguna página donde estuviera lo que buscaba. Fue infructuoso el esfuerzo. Lo repetí dos, tres y hasta cuatro veces. ¡No estaba la mano!

Me puse de pie y un mareo sacudió mi cabeza. Miré el reloj de la hemeroteca y eran las tres con cuarenta y cinco de la tarde. Recordé que no había desayunado, ni mucho menos almorzado; sumado a esto la pantalla enorme y radiante ante la que había estado clavado durante horas, habían comenzado a pasar factura. Sin embargo, dejé los ademanes del cuerpo, para dedicarme a los impulsos del alma.

-Señorita, en ese diario no está lo que busco.

-Es ese el que usted me pidió.

-Sí, es ese pero ahí no está la mano del poeta. Seguramente no escanearon esa página, o está incompleto el rollo.

-Déjeme examinarlo. No, el rollo está completo, aquí en su información dice que está todo el ejemplar 5721 de octubre del 27. ¿Es lo que usted me pidió, no?

-Sí, pero no está la mano del poeta.

-¿Está usted seguro que en ese ejemplar está lo que busca?

-Claro que sí, no cabe duda, lo tomé de la bibliografía de Vallejo... Y en ese momento me asaltó una duda, ¿y si el dato que daba el bibliógrafo no era el correcto?, ¿si se había equivocado con la fecha?, ¡con un sólo número que cambiara al seriado del ejemplar, cambiaba todo!

-Señorita, por favor, ¿puede facilitarme dos ejemplares atrás del que le solicité, y los dos siguientes?

Mientras se iba nuevamente a buscar los rollos, me quedé revisando las últimas páginas que quedaban. Mi emoción creció, pese a no encontrar la mano del poeta, estaba al final de ese ejemplar la noticia del duende que se apareció en Bogotá. Lo leí y lo releí. Esas palabras las había puesto en ese lugar, en un juego a lo W. H. Wells, el poeta amante de la dama de los cabellos ardientes. Rezaba la noticia: Ha aparecido en la calle 27 nada menos que un verdadero duende. Como subtítulo decía: Entre piedra y piedra, palabras amorosas. Y firmado: Juan SIN MIEDO. Así con mayúsculas el sin miedo. El poeta se había dado varios nombres durante toda su existencia, y hasta ahora con tres de ellos se había suicidado. Estoy convencido de que siempre necesitó ser otro para aceptar la realidad de la vida. Seguir el camino como un desconocido, dejando su viejo yo en el lugar donde antes había escrito sus poemas.

Tomé los rollos que me entregaron y retomé la búsqueda. Despacio, uno por uno, detalladamente, entregadamente, fui buscando la mano del poeta. Se hicieron las cinco, y al momento sonaron las campanas de la iglesia de San Agustín, anunciando que faltaba un cuarto para las seis. Había revisado los dos primeros y nada, nuevamente el que había revisado y nada. En quince minutos, antes del cierre de la biblioteca, debería revisar los dos restantes. Era un trabajo estresante, delicado y minucioso el que había emprendido. No me permitiría pasar una noche más pensando en la mano del poeta. Tener que esperar hasta el siguiente lunes para continuar con la pesquisa.

Con su amante efebo había andado por todo lado, el muchacho cargando su maleta y el poeta llevándolo en su corazón. La imagen era clara, un hombre de edad, alto y flaco, vestido con sombrero y largo gabán, y a su lado un adolescente

escuálido, con las valijas viejas en mano, oyendo las historias que le iba contando, mientras se iban sin rumbo alguno, por un largo camino bajo la puesta de sol. Siempre los imaginé así.

-En cinco minutos cerramos. Dijo la bibliotecaria.

Tenía aún un rollo y medio de cinta por delante. Con cientos de páginas por revisar. Agotado, rendido, hambriento, sediento, cansado, frustrado, melancólico, ojeroso y a punto de llorar, al cantar del gallo, seis en punto de la tarde de aquel 10 de julio de 2015, en esa pantalla de 17 pulgadas, en todo su esplendor, vi a parecer la mano del poeta. Y yo no pude hacer otra cosa, que quedarme en silencio y contemplarla.

El asunto era muy simple, Fernando Vallejo en su trabajo sobre el poeta, no sé si por descuido, error tipográfico o falla al momento de la transcripción, puso como referencia, que la mano del poeta estaba publicada en el número 5721 del martes 18 de octubre de 1927, cuando en realidad apareció en el 5722 del día siguiente.

La mano enorme del poeta se fue conmigo. Metida en una carpeta, resguardándola de la lluvia que caía en esa noche bogotana, la llevaba bajo mi brazo izquierdo muy cerquita al corazón, como antaño llevara el poeta sus versos.

Al año siguiente, cuando pude conocer a Vallejo en persona, se la regalé. Al entregársela le hice una aclaración: Maestro, no es el 5721 sino el 5722, y me retiré. ¿Qué por qué se la di si tanto luché por encontrarla? Porque todas las noches esa mano se movía, ansiosa de escribir. Y al no haber sido yo quien despertó de su letargo al único poeta maldito de Colombia, sino él, pues tendría ahora que aguantar su agonía nocturna de verla querer escribir.

Esa noche, casi al amanecer, junto a una botella de vino y cigarros, leí sus versos al pie de la ventana, junto a la mano que los había escrito:

Mas hay también ¡Oh Tierra! un día... un día... un día...

en que levamos anclas para jamás volver...

Un día en que discurren vientos ineluctables

¡un día en que ya nadie nos puede retener!

Y ahí estaba yo, junto a la mano del poeta que se suicidó tres veces.